

**XI CITA Internacional de los
Foros-EPFCL, Buenos Aires,
9-12 de julio 2020**

Preludio de Chantal Degril

LOM, LOM de base, LOM que tiene un cuerpo y no tiene más cuerpo. Hay que decirlo así: él tiene un... y no: él es un... (cuerpo/anidado) [cor/ niché]. Es el tenerlo y no el serlo lo que lo caracteriza.[1]

En el discurso actual, los síntomas se tratan cada vez más sobre la base del cuerpo biológico, ya sea a través de la neuropsiquiatría, los medicamentos, el cognitivismo y las técnicas de modificación de la conducta, o la genética. Ahí, el cuerpo es considerado como una máquina que precisa ser regulada, a través de sus circuitos hormonales, neuronales o genéticos. Este discurso promueve una floreciente industria del bienestar donde en cada cual se supone un saber cómo controlar su cuerpo.

Para el psicoanálisis, por el contrario, el malestar[2], la insatisfacción, es estructural.

La cura psicoanalítica, fundamentada sobre la asociación libre, propone el tratamiento del cuerpo por la palabra. El cuerpo del psicoanálisis es el cuerpo vivo con su goce aparejado por la libido, o sea, el deseo, el deseo que no puede ser dicho pero que a la vez se orienta a medida que los significantes se despliegan en el análisis. La palabra en la cura tiene efectos de alivio sobre los síntomas. De hecho, hay una reducción de estos al final del análisis. ¿Pero cómo funciona, cómo ocurre eso?

El discurso analítico tiene la particularidad de incluir el goce, a diferencia de todos los otros discursos. El psicoanálisis lo convierte en la sustancia de su discurso e incluso su campo desde Lacan.

El cuerpo es un lugar de goce, dice Lacan. El cuerpo es el lugar del Otro al incorporar el significante que viene del Otro y que mortifica la carne. El cuerpo es una superficie de inscripción donde se enganchan los significantes del sujeto. Lacan dirá que el lenguaje es parásito, la palabra es impuesta y deja marcas que no se borran. El desciframiento de las huellas psíquicas inscritas y anudadas a los significantes con sus

sonidos y sus sentidos, en particular los de la madre que nombra los afectos y los estados del cuerpo, hizo los hermosos días del análisis freudiano, especialmente el postfreudiano.

En su última enseñanza, Lacan abandona la referencia al fonema para marcar el carácter separado del significado y la fonación. En su elaboración del concepto de la letra, ésta, poco diferenciada del significante al principio, se distinguirá de ella más adelante. Lacan vinculará la letra a lo real para hacer de ella su borde, "el borde del agujero en el saber". Así, en su última enseñanza, adquiere un estado de autonomía con respecto al significante, y este desarrollo hacia la escritura se acentúa con la escritura borromea: la letra es lo que hace el agujero, ruptura de un semblante y esta ruptura produce goce. "Es necesario pues que se distinga allí la tachadura. Tachadura de ninguna huella que esté de antemano"[3], por lo que es tachada y, paradójicamente, procede de un no-trazo primero, imposible de representar.

[1] Lacan, J. "Joyce el síntoma", en *Otros Escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, (p. 591)

[2] [N.T. *Mal-être... En francés, la autora señala el neologismo de Lacan *mâlêtre*.*]

[3] Lacan, J. "*Liturierra*", en *Otros Escritos*, Paidós, Buenos Aires, 2012, (p. 24)

La escritura es escritura de lo que no se piensa. No es una transcripción. Envuelve un vacío, un agujero. La escritura de lo real es, de hecho, lo real que se escribe. Por lo tanto, lo real no deja de escribirse y es por la escritura que se produce un forzamiento, el de una nueva escritura. El inconsciente es un saber que se articula con *lalangue* y el cuerpo que la habla le está anudado solo por lo real del cual se goza: desde el síntoma metáfora donde la sustitución de significantes provoca sentido, la referencia se ha desplazado hacia lo que limita la sustitución, es decir, sobre lo que es insustituible.

En el seminario *Aun*, Lacan define esta función de lo escrito[1] en el discurso analítico como aquello que "no es para ser comprendido" (p.46). Y además, "Todo lo que está escrito parte del hecho de que será siempre imposible escribir como tal la relación sexual. A eso se debe que haya cierto efecto de discurso que se llama escritura. '(p. 46). Alejándose del descifrado del síntoma y su lectura, Lacan inventa un real del inconsciente, no para ser leído sino para ser escrito en un anudamiento borromeo que da la escritura que constituirá un cuarto redondel, el *sinthome*, que es una suplencia

del registro de lo simbólico. Un goce que no se incluye en la lógica del significante y que tiene una relación con la marca puede considerarse como un nombre, que no puede decirse pero sí escribirse, más acá de la imagen, del significado y del sonido. "La invención es el escrito" [2] dice Lacan, donde lo escrito deviene saber-probado, necesariamente no sin el cuerpo, un saber supuesto sujeto.

Lacan se pregunta en el *Insu ...* "¿Cómo el poeta puede realizar esta hazaña de hacer que un sentido esté ausente?"[3] El poeta Yves Bonnefoy, en su texto "La bufanda roja"[4] relata su experiencia de exilio de la letra, después de haber encontrado uno de sus escritos, un poema en verso libre, escrito por él mismo 45 años antes y dejado en barbecho, un texto que se presenta como misterioso para el propio autor e imbuido de una inquietante extranjería. Cualquier intento de su parte de continuar esta historia, o de trabajar en ella y reelaborarla, se saldaba con un fracaso. 'Es que a la primera versión, la que se había impuesto, de una vez, no pude agregar nada ... Este poema ... no fue un simple inicio de pensamiento ... sino un texto que existía como tal, hasta su menor coma, y que no tenía más derecho a tocar que si fuera la obra de otra persona ... la producción de no sabía quién en mí ". Un poema -síntoma por lo tanto. En sus esfuerzos fallidos por descifrar la idea de esta historia, el autor llega a retener, desde el principio, "esta percepción del color rojo donde nada, absolutamente nada, es posible ...: algo de sobrenatural, el significante de una trascendencia". El autor le da a este significante el valor de una cifra, pero ¿no es la letra? El autor solo asociará el significante 'rojo' con la paternidad y la filiación, al lazo de sangre, con su padre pues, de quien el autor recuerda las marcas rojas dejadas por las sanguijuelas aplicadas a su cuerpo enfermo, al final de su vida. A partir de este escrito de inicio, oscuro e inquietante, que no comprende, el autor se embarca en un "retroceso" de sus orígenes y, en particular de su padre, un hombre taciturno, mudo y durante mucho tiempo con una salud vacilante. En este recuerdo, y su intento de tener sentido, surge una escena particularmente conmovedora, donde, en el momento de la partida de su padre y, por lo tanto, de una separación inminente, el niño busca un trébol de cuatro hojas para ofrecérselo, como una señal buena suerte. Al no encontrarlo y apresurado por el tiempo, recoge uno de tres hojas y luego pega una cuarta hoja con un poco de su saliva. ¿Esta puede ser su primera forma de escribir, su primer poema, para hacerse un nombre?

[1] J. Bonnefoy, Y. *L'écharpe rouge*, Mercure de France, 2016

5 Lacan, J. El seminario. Libro XX. Aun. Paidós Barcelona-Buenos Aires. (p37)

6 Lacan, J. El Seminario Libro 24. Sesión del 15-03-77 Inédito

7 Bonnefoy, Y. *L'écharpe rouge*, Mercure de France, 2016

Esta breve digresión a través de la escritura poética y literaria muestra que, en psicoanálisis, se trata de producir una categoría de escritura que proceda de una cierta posición del inconsciente que mantenga una distinción en relación a la palabra, y para eso se trataría de dilucidar las relaciones de la escritura con lo imposible de decir.

Lacan, aprovechando la escritura de Joyce como una experiencia subjetiva en la que el cuerpo se articula con goce sin sentido, – Joyce, para quien el cuerpo imaginario no ha funcionado – se pregunta cómo eso mantiene junto. Hablando de la escritura de Joyce, Lacan dice: “No es sólo algo que abunda, sino también algo con lo que Joyce jugó, sabiendo perfectamente que habría joyceanos durante docientos o trecientos años. Son personas que únicamente se ocupan de resolver los enigmas”[1]. No que los psicoanalistas tengan que jugar con la proliferación, sino si están listos para asumir el desafío de la escritura de lo imposible, y en lo que nos concierne para esta XI Cita internacional, el lugar que ocupa el cuerpo allí, ¡el psicoanálisis aún tiene hermosos días por delante!

Traducción de Ramon Miralpeix

[1] Lacan, J. El Seminario. Libro 23 El sinthome. Paidós. Buenos Aires- Barcelona-México. P 150

